

EL MUNDO EN QUE VIVIÓ BERNARDINO DE SAHAGÚN ESPAÑA Y MÉXICO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Existen varias biografías de fray Bernardino de Sahagún.¹ En ellas, sus autores han atendido sobre todo a las diversas actuaciones de fray Bernardino, dejando a veces a un lado los aconteceres en los que él no participó directamente pero que integraban el trasfondo histórico en el que le tocó vivir. A esto es precisamente a lo que quiero dedicar estas páginas.

No pretendo ofrecer en ellas una doble historia, la de España y la de México, durante el largo lapso, 1499-1590, que abarcó la vida de Sahagún. Hay obras de distinguidos investigadores que versan sobre lo ocurrido en esos años en la península ibérica y en el postrer florecimiento autónomo de Mesoamérica y luego en el virreinato que se llamó Nueva España. Mi propósito es esbozar ese trasfondo siempre con la mirada puesta en fray Bernardino. Quiero decir con esto que en los aconteceres que se desarrollaron en coincidencia temporal con su vida, concederé particular atención a aquellos que de un modo o de otro pudieron afectarlo. Con esta salvedad, entraré en materia.

Casi un siglo vivió Bernardino de Sahagún: 1499-1590. El primer tercio de su existencia transcurrió en España. Los años siguientes los pasó todos en tierras mexicanas. Tiempos henchidos de aconteceres, que transformaron en muchos aspectos al mundo

¹ Sobresalen las de Luis Nicolau D'Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1952. De ella hay traducción al inglés con prólogo de Miguel León-Portilla, Salt Lake City, University of Utah Press, 1987.

Manuel Ballesteros Gaibrois, *Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún*, León, Institución Fray Bernardino de Sahagún, 1973.

Florencio Vicente Castro y J. Luis Rodríguez Molinero, *Bernardino de Sahagún, Primer antropólogo en Nueva España (siglo XVI)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986.

Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún*, Madrid, Historia-16, 19 [Serie: Protagonistas de América, 1987].

entero, fueron los que le tocó vivir. Desde la perspectiva de la historia vemos hoy que Europa entraba en la Edad moderna, enriquecida con descubrimientos y creaciones que en un contexto temporal de transformaciones impredecibles, harían renacer en ella lo mejor del legado clásico de griegos y romanos.

Apenas siete años antes del nacimiento de Sahagún hubo quienes se atrevieron a surcar el Mar Tenebroso, queriendo llegar al oriente por la ruta del poniente. Años de incertidumbre y prolongados esfuerzos culminaron al fin con una extraordinaria toma de conciencia. La vieja *imago mundi* de Ptolomeo hubo de ceder a la realidad del encuentro con tierras que, ocultas hasta ese momento para los europeos, aparecían insospechadamente extensas.

Iba a desencadenarse allí un complejo proceso de enfrentamientos, conquistas, intercambios, mezclas de gentes, todo cuanto trajo consigo el Encuentro de Dos Mundos. En ese escenario, de una naturaleza muy distinta a la que Bernardino conocía, iba a entrar él. Primeramente hubo de vivir tiempos de cambio y renacer cultural en España. Luego fue partícipe en la tarea inmensa de saber acerca de las cosas naturales, humanas y divinas de esa parte del Nuevo Mundo que dejó de llamarse Anáhuac y fue bautizada con el nombre de Nueva España.

No es posible ni deseable encapsular aquí un relato que abarque un cúmulo de acontecimientos que, con sus antecedentes, transcurren durante más de una centuria. En las dos historias que se entrelazan interesa poner de relieve aquellos sucesos e ideas que pueden tenerse como claves en el doble entorno político, social, económico y desde luego también espiritual, en esos años de tan grandes transformaciones.

El trasfondo europeo: los acontecimientos políticos y sociales

Las formas de vivir y de pensar del Medievo, no sin resistencia, fueron cediendo su lugar a las realidades que precisamente configuraron la modernidad. En lo político, las estructuras de los señoríos feudales se resquebrajaron con la consolidación de las monarquías en los nacientes estados modernos. En Francia los Valois sometían a cuanto señor y duque pretendía conservar autonomía y privilegios. Tal fue el caso, ejemplar, de los duques de Borgoña, que hubieron de reconocer como cabeza a Luis XI que comenzó a ser en verdad soberano de los franceses. Algo semejante ocurrió en Inglaterra.

Allí los Tudor, con Enrique VII, polarizaban fuerzas y daban también origen a un estado unificado bajo la monarquía absoluta.

En España, pocas décadas antes de que Bernardino viniera al mundo, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, unidos en matrimonio, se encaminaban en busca de la unificación plena de los reinos peninsulares. Ello sería realidad casi cumplida con la conquista de Granada. Sólo Portugal quedaría fuera del nuevo ámbito nacional que así se fue forjando.

En contraste, perduraban dos complejos mosaicos políticos sin lograr una efectiva unidad. Por una parte, estaban los reinos, ducados y señoríos de Italia, con frecuentes antagonismos entre sí. Tal era el caso de Venecia, Milán, Florencia, Nápoles, los Estados Pontificios y otros de menor rango. Por otra parte, la desunión era crónica en lo que paradójicamente ostentaba el nombre de Sacro Imperio Romano Germánico. En él, numerosos príncipes, obispos y otras autoridades menores, como las de las villas francas o libres, se mantenían en frecuentes pugnas. El emperador, desprovisto casi de poder, aparecía como un símbolo.

Frente a la gran opulencia de la clase dominante, incluyendo al alto clero, pululaban en la mayor parte de Europa las gentes del pueblo, con muy escasos recursos, trabajando muchas veces para otros, viviendo en condiciones insalubres, y afligidas una y otra vez por el azote de las pestes. Allí donde llegaban las noticias de las tierras nuevas, las que se extendían por los litorales de África, las de la India y las Molucas, y asimismo las situadas más allá del océano por el rumbo del poniente, se despertaba, sobre todo entre los jóvenes, el deseo de lanzarse a la aventura con la esperanza de salir así de pobres. Esto no sólo ocurría en España y Portugal, sino también en Italia, Holanda, Inglaterra, Francia y aun en los estados alemanes.

La cristiandad, dividida por las pugnas entre las diversas naciones que se iban consolidando, se veía además amenazada por el incesante avance de los turcos. Los viejos ideales de un imperio que, al lado de la Iglesia, estableciera un orden universal, político, social y religioso, aparecían por completo desvanecidos.

Las alteraciones en las estructuras políticas, además de culminar en la integración de unidades nacionales como las de Inglaterra, Francia y España, tuvieron también consecuencias que afectaron, de varias formas, la situación del decadente y desunido Imperio. De esto, al igual que otros muchos acontecimientos, hubo de enterarse Bernardino de Sahagún en los años de su temprana juventud.

La historia de su patria y la del Imperio, por más de medio siglo iban a quedar íntimamente entrelazadas. La ocasión la dio un enlace matrimonial. Una hija de los reyes Fernando e Isabel, de nombre Juana, que más tarde sería conocida como Juana “la loca”, casó con un hijo del entonces emperador Maximiliano. Era éste Felipe de Borgoña, “el hermoso”, que tuvo corta vida. Al morir en 1506, dejó como herencia a su hijo Carlos —el futuro Carlos I de España y V del Imperio— entre otras cosas, el Franco Condado y sus posesiones en los Países Bajos. Carlos creció bajo la tutela de la princesa Margarita, hija del Emperador. Cuando sólo contaba quince años de edad, obtuvo el reconocimiento que tenía al título de los reinos heredados de su padre en los Países Bajos. Por vez primera en 1517 Carlos viajó a España, poco después de muerto su abuelo Fernando de Aragón. A él correspondía el trono y fue entonces reconocido como rey. Acontecimientos muy importantes se sucedieron con rapidez. Mientras Carlos se hallaba en España, falleció su otro abuelo, el Emperador. Entonces, a pesar de la oposición de Francisco I de Francia y del Papa León X, fue proclamado Emperador en Aquisgrán, en octubre de 1520. De este modo se entrelazaron los destinos de España, el Imperio y el Nuevo Mundo en proceso de conquista y colonización.

Cuando Bernardino, hallándose ya en México, reunió sus testimonios en náhuatl acerca de la llegada allí de los primeros doce franciscanos, varias veces menciona con reverencia y admiración al Emperador y a quien se había opuesto a su coronación, el Papa León X. En un párrafo de su “Prólogo”, resume esa historia vivida por él, en la que España, el Imperio y el Nuevo Mundo se aunaron:

Llegado el tiempo por Nuestro Señor Dios ordenado para manifestar y traer al gremio de su Iglesia esta muchedumbre de gentes y naciones, cerca de los años mil y quinientos, puso en el corazón a la gente española que viniese a descubrir por el mar océano hacia el Occidente.

El primero y principal que comenzó este descubrimiento fue el próspero Colón, el cual descubrió las islas de Santo Domingo, etcétera. Y después dél vinieron otros muchos que descubrieron más adelante, entre los cuales vino el venturoso don Hernando Cortés, el cual el año de 1519 llegó a esta Nueva España y en breve la conquistó [...].

[Habiendo] conquistado y pacificado esta tierra, llena de gente de gran policía [cultura] y muy sabia en el regimiento de su república [...], dio luego noticia al invictísimo emperador Carlos quinto deste nombre, Rey de las Españas. El cual, como cristianísimo, luego dio relación al Sumo Pontífice León X de todo lo que pasaba y le

suplicó proveyese de personas idóneas que entendiesen en la conversión de aquellos gentiles...²

España y el Imperio, unidos en la persona de Carlos V, la Iglesia con León X y la orden franciscana con fray Francisco de los Ángeles, su ministro general, todos aparecen a los ojos de Sahagún en providencial convergencia que hace posible la llegada de los primeros doce misioneros a México en 1524, y poco después la de otros, entre ellos la de él mismo, en 1529.

*Esplendor cultural y turbulencias en la España
en que vivió Bernardino*

El primer entorno en la vida de Sahagún fue el de la villa del mismo nombre, en Tierra de Campos, donde nació. En pequeño se reflejaba en ella lo que ocurría en España. Perduraban allí testimonios de gentes de muy diversos orígenes. Había vestigios de la época romana y otros del periodo visigodo que justificaban el calificativo dado a esa tierra de "Campos de godos". También eran visibles algunos elementos del arte mudéjar y, de épocas más cercanas, otros del arte románico, sobre todo en la iglesia dedicada a San Tirso.

Sobresalía el monasterio de San Facundo y San Metodio, fundado por monjes benedictinos, procedentes de la célebre abadía francesa de Cluny. Desde fines del siglo XV el monasterio había perdido su autonomía, quedando vinculado al de San Benito en Valladolid. Mantuvo, sin embargo, algo de su carácter de centro de irradiación cultural. Poco después de que Bernardino se embarcó con rumbo a tierras mexicanas, se instaló en el monasterio una imprenta. En España, desde por lo menos 1470, florecía ya el arte de imprimir libros. Muchos establecimientos se fueron abriendo, en Sevilla, Valencia, Toledo, Barcelona, Salamanca... De la imprenta del Monasterio de Sahagún procede, como espléndido fruto, una obra preparada por el padre Francisco Ruiz, que era su abad: *Index Locupletissimus, Duobus Tomis Digestus, in Aristotelis Stagiritae Opera* (Índice riquísimo, dispuesto en dos tomos, acerca de las obras de Aristóteles de Estagira).³ Obra cuya elaboración debió

² Bernardino de Sahagún, *Colloquios y doctrina christiana, Los diálogos de 1524*, edición facsimilar, paleografía versión del náhuatl, estudio y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM y Fundación de Investigaciones Sociales, 1986, p. 72.

³ Esta obra, que fue la primera publicada en la villa de Sahagún, lleva este pie de imprenta: *Apud inclytum Sanctorum martyrum Facundi et Primitivi Coenobium. Anno Domini MDXL. Mense Februario.*

Cum privilegio Caroli V, Imperatoris semper Augusti ad decenium.

requerir varios años —desde el tiempo en que Bernardino se hallaba aún en España—, muestra que en el monasterio florecía aún el cultivo de las humanidades. Ponderando la trascendencia de esta aportación, el historiador de la filosofía en España Marcial Solana, comenta:

Ni con lo muchísimo que hoy se ha progresado en el estudio de las doctrinas del Filósofo [Aristóteles], ni con las ediciones esmeradísimas que se han publicado de las obras del Estagirita, ni con la multitud de tablas y referencias con que se han complementado estas ediciones contemporáneas, ha perdido nada el valor que tenía en el siglo XVI el monumental *Index* del abad de Sahagún; y es que fray Francisco Ruiz acertó a componer una obra verdaderamente peregrina.⁴

De su villa natal, en la que se compuso obra tan valiosa, pasó Bernardino a estudiar en la Universidad de Salamanca, célebre en toda Europa como centro de florecer humanista. Allí se impartían entre otras cátedras, la de filosofía con maestros tan distinguidos que llegó a hablarse de una “escuela salmantina”. Cabe recordar a Fernán Pérez de Oliva que, muy joven aún, llegó a ser rector de la Universidad, así como Alonso de la Veracruz que, años después, fue maestro en México. En la teología y el derecho brillaron allí Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano y Juan López de Palacios Rubio. En los estudios gramaticales y relativos a diversas lenguas, allí estuvo hasta 1507 nada menos que Elio Antonio de Nebrija, el autor del primer *Arte y Vocabulario* del castellano. También hubo especialistas en hebreo, griego y árabe. Los dedicados a tales estudios comenzaron a conocerse como “los trilingües”, designación que, años más tarde, aplicaría Bernardino de Sahagún a sus discípulos indígenas en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco que se erigió en 1536. Los “trilingües” de Sahagún serían, a su vez, expertos en latín, castellano y náhuatl.

En la Universidad de Salamanca, al igual que en otras de España, se respiraba con intensidad un ambiente renacentista. De modo especial, se dejaba sentir la influencia procedente de Italia, personificada incluso en la presencia en España de varones como Lucio Marineo Sículo y Pedro Mártir de Anglería. De éste se difundieron sus *De Orbe Novo Decades* (Décadas del Nuevo Mundo, Alcalá, 1516), que avivaron el interés por las tierras allende el océano.

De los reyes católicos y su reinado no poco debió conocer Bernardino. Supo de las reformas introducidas por el cardenal

⁴ Marcial Solana, *Historia de la filosofía española*, II, p. 78-79, citado por José Luis Abellán en *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, II, p. 181.

franciscano Francisco Ximénez de Cisneros. El ascenso al poder del emperador Carlos, nacido poco después que él, en 1500, también debió dejarle un recuerdo imborrable. A principios del reinado del joven monarca Carlos —entonces de tan pocos años como el propio Bernardino—, se produjeron hechos que desembocaron en una abierta rebelión, la que se conoce como de las “Comunidades de Castilla”. Muy disgustados habían quedado los que participaron en las cortes, celebradas en Valladolid en 1518. Causas de esto fueron la actitud de los prepotentes flamencos que allí estuvieron presentes y los altos tributos exigidos al pueblo. Pronto se demandó la exclusión de los no españoles en cualquier cargo de gobierno civil o religioso. Al partir el joven Carlos a Alemania donde sería proclamado emperador, su disposición de dejar el gobierno de los reinos españoles en manos no del todo gratas a la nobleza y al pueblo, dio ocasión a la violencia.

Valladolid, y luego Salamanca, Zamora y otras ciudades y pueblos, se fueron adhiriendo al movimiento. Los comuneros de la Junta Santa, capitaneados por Juan de Padilla, se apoderaron de Tordesillas y Valladolid. Carlos V ordenó la represión de los alzados hasta su derrota total. Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, este último representante de Salamanca, cayeron prisioneros y fueron ejecutados. Cinco años después, como una secuela de esos hechos, el obispo de Zamora era asimismo condenado a muerte.

Todos estos acontecimientos, que parecían ensombrecer, justo en los comienzos de su reinado, la figura de Carlos V, habrían de volvérselo presentes a Bernardino cuando, al tiempo de su llegada a México, se encontró allí con una situación de violencia provocada por Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia y que afectaba a los antiguos conquistadores, a los indios y a los frailes.

Los franciscanos y las tendencias religiosas prevalentes

Al mismo tiempo que se dejaban sentir la ebullición renacentista, las noticias acerca de un Nuevo Mundo y la amenaza de los turcos, se producían en España y en otros lugares de Europa otras alteraciones, esta vez en el campo religioso. Bernardino que, estando como estudiante en Salamanca, había ingresado en la orden franciscana, supo acerca de ellas y, en algunos casos, se vio afectado por las mismas.

La cristiandad comenzaba a conmoverse con los varios movimientos de Reforma, en particular el encabezado por Martín Lutero, que en 1517 había dado a conocer sus noventa y cinco tesis en Wittemberg y en 1520 era condenado por el Papa. En España se difundían influencias de diversas corrientes de pensamiento teológico y moral, también reformistas. Por un lado estaban los empeños del cardenal Francisco Ximénez de Cisneros que, hasta su muerte en 1517, luchó denodadamente por imbuir nuevo espíritu en la iglesia española. Por otro, era perceptible la presencia de humanistas seguidores del pensamiento de Erasmo de Rotterdam. En lo que toca a los franciscanos, se gestaban entre ellos transformaciones —reformas e ideas nuevas, algunas con viejas raíces— que marcaron para siempre el pensamiento y destino de no pocos futuros misioneros en México.

A Nebrija se debía, desde 1495, un creciente interés por los estudios bíblicos. Él, que había dado a la lengua de Castilla su primer arte gramatical, trabajó luego en la que designó “gramática de las letras sagradas”. En la Universidad de Salamanca perduraba el recuerdo de las aportaciones de Nebrija, de modo particular su empeño por acercarse a las Sagradas Escrituras con su nuevo método lingüístico-filológico. También allí se tenía noticia de parecidos intentos de acercamiento a los textos bíblicos en Bélgica, Holanda y Alemania, con propósitos de renovación hacia formas de vida cristiana más puras. El estrecho contacto del humanista valenciano Luis Vives con Erasmo de Rotterdam y la difusión de las obras de éste en España, hicieron que sus ideas ejercieran grande influencia en los medios intelectuales. Erasmo, como Nebrija, proclamó la necesidad de dar vida a una nueva forma de humanismo bíblico. Coincidió con su contemporáneo Martín Lutero en otorgar importancia primordial a las Sagradas Escrituras como luz que debía guiar a los cristianos.

Cuando la actitud rebelde de Lutero quedó al descubierto, hubo acusaciones en contra de Erasmo. El ambiente en España estaba asimismo, como nunca antes, caldeado en cuanto se refería a la fe y las prácticas religiosas. A las persecuciones en contra de judíos falsos conversos, pronto se sumaron las condenaciones de quienes parecían o eran sospechosos de herejías o de influencia luterana. La Inquisición se mantenía vigilante y activa en la identificación de posibles herejes.

Poco antes habían surgido en España otros movimientos dirigidos también a transformar la vida de los cristianos. Tal fue el caso de los llamados “iluminados”, tendencia que prosperó entre

algunos grupos de franciscanos. Proclamando el don de profecía, pretendían acabar con el poder de los príncipes y el Papa, y volver la mirada a la verdadera Jerusalén donde nació la primitiva Iglesia. Numerosas "beatas", que hacían revelación de sus visiones sobrenaturales, aparecían en distintos lugares de España.

Hubo además otro género de movimiento reformista que habría de influir de modo especial en los franciscanos que pasaron a México. Su promotor fue el también franciscano fray Juan de Guadalupe. En su actitud y pensamiento se mostró atraído por una corriente que, derivada de las doctrinas del monje cisterciense Joaquín de Fiore (1130-1202), se había manifestado en diversos momentos de la historia franciscana. El propio San Francisco había encontrado también inspiración en la obra de Joaquín de Fiore. Básicamente insistía éste en la importancia capital de las Sagradas Escrituras, que debían concordarse tomando en cuenta a la vez el Antiguo y el Nuevo Testamento. La pobreza absoluta, un sentido de profecía y milenarismo de inspiración apocalíptica, llevaban a enfrentarse a las realidades corruptas y falsas de la sociedad civil y religiosa. En el siglo XIV los llamados "espirituales" entre los franciscanos, habían dado nueva fuerza a tales doctrinas. Más tarde, en un contexto en que todo parecía requerir transformaciones, cuando se sabía, entre otras cosas, que el Viejo Mundo se había encontrado con un Nuevo Mundo, el franciscano Juan de Guadalupe, retornaba, con sus propias ideas, al meollo del antiguo mensaje.

Fray Juan logró se le autorizara a fundar casas o eremitorios "para vivir allí en la pura observancia de la regla de San Francisco...", en pobreza, estudio y meditación de la Biblia y con la mirada abierta a su propio destino profético en un cristianismo que debía sublimarse. Fray Juan erigió un primer eremitorio en Granada. Luego se trasladó a Extremadura, donde se establecieron cuatro: en Alconchel, Salvaleón, Trujillo y Villanueva del Fresno, además de otro en Villaviciosa, Portugal. Quienes allí vivieron se llamaron "frailes del Santo Evangelio".

Pasado algún tiempo y muerto ya fray Juan en 1505, estos frailes lograron su independencia de la provincia franciscana de Santiago en cuya jurisdicción se hallaban. Hacia 1506 surgió así la "Custodia" ("agregado de algunos conventos que no bastan para formar provincia"), que ostentó el nombre "del Santo Evangelio" de Extremadura.

Correspondió a fray Francisco de los Ángeles y fray Martín de Valencia proseguir en la empresa. Según el testimonio de Motolinía, fray Martín:

edificó una casa junto a Belvis [de Monroy] adonde hizo un monasterio que se llama Santa María del Berrocal adonde moró algunos años dando tan buen ejemplo y doctrina así en aquella comarca, que le tenían por un apóstol y todos le amaban y obedecían como a su padre.⁵

La antigua Custodia del Santo Evangelio, gracias a fray Francisco y a fray Martín se convirtió en 1518 en la Provincia de San Gabriel de Extremadura. De ella fue primer provincial fray Martín. Tres años después, precisamente meses antes de que Cortés emprendió el asedio definitivo de México-Tenochtitlan, en 1521, fray Francisco de los Ángeles y fray Juan Clapion, éste último que viajó a España con Carlos V y tres franciscanos flamencos, conocedores de la existencia de esas tierras con tantos pobladores en el Nuevo Mundo, obtuvieron de León X una bula que les permitía trasladarse a México. Dado que Clapion murió al llegar a España y Francisco de los Ángeles fue electo ministro general de la orden en 1523, tuvo él que escoger a otros frailes para la propuesta misión en México. Fray Gerónimo de Mendieta relata como ocurrió esto:

Y echando los ojos, no una sino muchas veces [...], quedó su corazón satisfecho con la vista y apariencia de fray Martín de Valencia, provincial de San Gabriel [de Extremadura].

[...] y fue derecho a visitar la provincia de San Gabriel, para donde principalmente llevaba su designio y tuvo capítulo provincial en el convento de Belvis, por otro nombre llamado Nuestra Señora del Berrocal, a donde, después de haber hecho un razonamiento espiritual al siervo del Señor, fray Martín de Valencia, le mandó por santa obediencia que, tomando doce compañeros escogidos conforme a su espíritu, según el número de los doce apóstoles de Cristo Nuestro Redentor, pasase a predicar el Santo Evangelio a las gentes nuevamente descubiertas por don Fernando Cortés en las Indias de la Nueva España.⁶

Fue de este modo como algunos de los que habían fundado la Custodia del Santo Evangelio con conventos en varios lugares de Extremadura y Portugal, junto con otros miembros de la misma orden franciscana, pasaron a México donde se encontraron con los tres frailes flamencos —entre ellos Pedro de Gante— que los ha-

⁵ Toribio de Benavente Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de Nueva España*, edición de Edmundo O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, p. 180.

⁶ Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, p. 198-199.

bían precedido menos de un año antes. Correspondió a ellos poner en marcha la evangelización de esa tierra recién conquistada. Tanto ellos como otros que muy pronto los siguieron, cual fue el caso de fray Bernardino llegado en 1529, encontraron la realidad aún viva de una cultura totalmente diferente de la que existía en España. Poco a poco la fueron conociendo, algunos sólo en sus aspectos más obvios; otros, como Sahagún, hondamente tras dedicarle no pocos años de esfuerzo para ahondar en ella.

El trasfondo cultural de Mesoamérica: el Cemanáhuac

“Conjunto de lo rodeado por el agua” es el significado de *Cemanáhuac*. Con esta palabra los mesoamericanos de lengua náhuatl designaban al mundo en que vivían. Concebían a éste como una vasta superficie de tierras que se extendían hacia los cuatro rumbos y cuyos confines estaban circundados por las aguas inmensas, es decir, por los mares.

Las tradiciones de los mesoamericanos —pueblos de diferentes lenguas que participaban en una alta cultura— y asimismo sus inscripciones en piedra, cerámica, hueso y otros materiales, y también sus libros o códices, conservan la historia de un largo pasado. Algunas estelas de Monte Albán en Oaxaca —en las que es visible la influencia olmeca— datan de entre los siglos VI y III a.C. En ellas hay inscripciones que muestran la existencia de cómputos calendáricos que conmemoran acontecimientos como conquistas, asentamientos en un lugar determinado, instalaciones de un gobernante y otros cuyo recuerdo importaba conservar.

Mucho más numerosas son las inscripciones de los mayas. A través de ellas consta que habían desarrollado sistemas calendáricos de gran precisión. Su lectura parcial ha permitido también conocer lo que en ellas se conmemora: nacimientos, entronizaciones y muertes de los señores y grandes guerreros, así como otra amplia gama de acontecimientos. La existencia de estas estelas y de muchas inscripciones en templos, palacios y otros monumentos, en vasos policromados, en códices o libros y en diversos objetos, constituye memoria extraordinaria que abarca más de doce siglos antes de la llegada de los españoles.

Códices de contenido genealógico e histórico que evocan sucesos que se remontan a tiempos que coinciden con el siglo VII d.C., son los libros que se conservan de los mixtecos de Oaxaca. Y había también otros *amoxtlí*, libros, elaborados por los nahuas

del altiplano central, de diversos contenidos, calendárico-astrológicos, teológico-rituales, genealógicos, históricos, de tributaciones, límites de tierras, geográficos y de materia médica.

Todos esos libros e inscripciones, preservados y enriquecidos con nuevas aportaciones, constituían el repositorio de la sabiduría indígena. Ésta era objeto de cultivo en los templos, las escuelas sacerdotales y las casas de la comunidad. Allí, a través de los cantos, los discursos y las enseñanzas de la antigua palabra, se transmitía y memorizaba el saber tradicional. Sistematizado éste en las escuelas, era como una antorcha que iluminaba la significación más profunda de las imágenes y los signos glíficos de que eran portadores los libros.

La visión mesoamericana del mundo

Por encima de diferencias regionales entre los pueblos mesoamericanos que hablaban lenguas distintas y mantenían tradiciones propias, perduraba una visión del mundo con formas de pensamiento y prácticas religiosas en las que todos participaban. De ello dan testimonio complejos conjuntos de símbolos, presentes en la iconografía asociada a los templos y otros monumentos erigidos en numerosos lugares. Aunque pueden identificarse variantes, no sólo regionales sino también propias de los diversos periodos a lo largo del desarrollo cultural de Mesoamérica, hay un núcleo de elementos que se mantuvo a través de los siglos.

Los libros o códices son en esto de fundamental importancia. Cuando Sahagún realizó en México sus investigaciones e incluyó en su plan el tema de “las cosas divinas de estos naturales”, dejó dicho precisamente que “todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquella era la escritura que ellos antiguamente usaban”.⁷ Todavía hoy, a pesar de que la mayoría de los libros indígenas se perdieron, quemados en buena parte, los que se conservan corroboran lo afirmado por fray Bernardino.

Para dar algunas muestras de esto, recordemos que la antigua visión espacio-temporal del mundo puede conocerse “leyendo” o estudiando el contenido de páginas como la primera del *Códice Fejérváry-Mayer*, que es un libro de los días y destinos, un *tonalámatl*

⁷ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., edición preparada por Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, con paleografía del texto en español del *Códice florentino*, México, Alianza Editorial y Conaculta, 1986, I, p. 72.

prehispánico de un grupo de *pochtecas* o mercaderes.⁸ En esa página —que tiene su paralelo en el *Códice Tro-Cortesiano*, páginas 75-76—, aparece la distribución cósmica de los cinco sectores del mundo, los que corresponden a los rumbos cardinales y el del centro. En este último reside el Dios Viejo, *Huehuetéotl*, cuya efigie aparece ya en figuras de barro del periodo preclásico y de la época teotihuacana. *Huehuetéotl* es también *Xiuhtecuhtli*, Señor del Fuego y del Tiempo. Sus atributos representados en varias páginas de éste y de otros códices, muestran su estrecha relación con el supremo principio dual, *Ometéotl*, *Tonantzin*, *Totahtzin*, “Nuestra Madre, Nuestro padre”.

A su vez, en cada sector cósmico se contemplan las deidades que lo presiden, acompañadas de los árboles, aves y otros elementos propios de él. La imagen del espacio horizontal, con los signos portadores de los años, *Acatl*, Caña (oriente); *Técpatl*, Pedernal (norte); *Calli*, Casa (poniente) y *Tochtli*, Conejo (sur), se complementa con la inserción de un doble registro del calendario de los 260 días y sus destinos. Éste aparece asociado en su desarrollo a todos los sectores cósmicos. Se muestra así cómo el tiempo sagrado permea y da sentido a todo cuanto existe en el espacio.⁹

Hay otro códice —el *Vaticano A*—, elaborado algunos años después de la Conquista, pero sobre la base de manuscritos prehispánicos, que ofrece a su vez la imagen vertical del mundo. Aparecen allí los estratos celestes, con la representación del supremo Dios Dual en lo más alto. Se ven también la superficie de la tierra y los estratos inferiores con los signos de los lugares por donde han de pasar los que mueren hasta llegar al último estrato inferior donde se hallan *Mictlantecuhtli* y *Mictecacíhuatl*, Señor y Señora de la región de los muertos. Una comprobación de lo arraigado y difundido de estos aspectos de la visión del mundo la proporcionan dos códices de la región mixteca, los que se conocen como *Rollo Selden* y *Códice Gómez de Orozco*. En ambos se contempla, con sus correspondientes signos jeroglíficos, la imagen vertical del mundo.

Así como estos códices proporcionan elementos que son clave para comprender el pensamiento indígena, hay otros que muestran diferentes aspectos de él como la concepción cíclica del mundo con la secuencia de los soles que han existido. La iconografía

⁸ *Tonalámatl de los pochtecas*. (*Códice Fejérváry-Mayer*), edición y estudio de Miguel León-Portilla, México, Celanese Mexicana, 1985, lámina 1.

⁹ *Ibid.*, p. 28-31.

mexica corrobora las imágenes de los códices. Se conocen cuatro monumentos en piedra —entre ellos la que se suele nombrar “Piedra del Sol”—, en los que se registra la serie de las edades cósmicas.¹⁰

El universo de los dioses, con sus atributos y los rituales que los seres humanos han de practicar para adorarlos, es tema que ampliamente ilustran códices prehispánicos como el *Borgia*, Vaticano B., *Cospi*, *Laud*, *Fejérváry-Mayer* y la hoja conocida como “Del culto rendido al Sol”. Los cómputos del tiempo sagrado y la descripción de las fiestas a lo largo del año —asuntos cuya elucidación mucho interesaron a Sahagún—, aparecen en manuscritos como el *Códice Borbónico*, producido muy poco después de la Conquista.

Como puede verse a través de estas referencias al contenido de algunos de los códices que se conservan, la visión del mundo y el meollo del pensamiento y las prácticas religiosas se transmitían a través de imágenes y signos jeroglíficos y también por medio de la iconografía en los templos y otros monumentos. La tradición oral —cuidadosamente memorizada en las escuelas sacerdotales— era complemento que volvía una y otra vez vivencia profunda lo que se pensaba y creía acerca del universo de las realidades divinas, en función de las cuales existen los seres humanos en la tierra.

El ordenamiento político y social

Mesoamérica es tierra con larga historia. Había en ella otros códices, conocidos como *xihúamatl*, libros de los años, en los que —de acuerdo con sus cómputos calendáricos— se registraban los acontecimientos cuya memoria importaba preservar. Sahagún contempló algunos de esos manuscritos y conoció así las dinastías de los soberanos de varios lugares como México, Tlatelolco, Tezcoco, Huexotla y otros.¹¹ Tuvo también noticia de lo que pensaban los mexicas acerca de la larga evolución cultural de Mesoamérica. Baste con recordar aquí el contenido del último y muy extenso capítulo del libro X de su *Historia General*. En él transcribió lo que le informaron los ancianos acerca de esos sabios que estuvieron con sus libros en las costas del Golfo de México, y de otros que, influidos por ellos, edificaron luego en Teotihuacán grandes templos y

¹⁰ Véase: Miguel León-Portilla, *Filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, octava edición, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 402-411.

¹¹ Sahagún, *Historia general, op. cit.*, II, p. 494-500.

palacios, en tanto que algunos siguieron hacia el sur hasta *Quauhtemallan*, es decir, Guatemala, la tierra de los mayas.¹²

El relato incluido en ese texto no se detiene allí, sino que trata luego de los toltecas hasta llegar al fin a los mexicas. Si hoy no se conserva códice alguno que abarque tantos siglos de historia de los nahuas, cabe recordar que, de los mixtecos de Oaxaca, hay manuscritos prehispánicos que narran hechos que se sitúan a partir del siglo VII d.C.¹³ Al menos se conservan, en el caso de la región central, algunos códices, copias de otros prehispánicos, en los que se registran noticias, varios cientos de años anteriores a la llegada de los españoles.¹⁴

Del postrer desarrollo mesoamericano, el de los mexicas, hablan varias fuentes indígenas. Muestran ellas lo que fue su peregrinación hasta asentarse en el Valle de México. Importancia grande ocupa luego el momento de liberación de sus antiguos dominadores, los tecpanecas de Azcapotzalco. Se inició entonces el periodo del esplendor mexica. Cerca de un siglo duró su hegemonía que, por vías de conquista y comercio, llegó a extenderse por buena parte de Mesoamérica. Cuando Sahagún nace, gobernaba en la metrópoli de México-Tenochtitlan el *huey tlahtoani*, supremo señor, *Ahuítzotl*. Había consumado él grandes conquistas y había reedificado el Templo Mayor en cuya solemne consagración, en 1487, hubo grandes fiestas y numerosos sacrificios de prisioneros oriundos de diversos lugares.

Pocos años después ascendió al trono Motecuhzoma II *Xocoyotzín*. Como nunca antes, el poderío mexica se dejó sentir hasta apartadas regiones de Mesoamérica. La metrópoli, edificada en medio de los lagos, lucía esplendente, enriquecida con los tributos que a ella aflúan, el botín de las conquistas y los productos traídos de muchos lugares por los mercaderes, *pochtecas*.

La sociedad mantenía, de tiempo atrás, una clara estratificación.¹⁵ Los *macehualtín*, la gente del pueblo, integraban los *calpulli*, entidades cuyos miembros se vinculaban por parentesco y residían en un lugar que poseían en forma comunal. Muchos de entre los *macehualtín*, como ocurría con algunos sectores de la población de España, trabajaban la tierra en provecho de otros. En ocasiones

¹² *Ibid.*, II, p. 671-676.

¹³ Véase: Alfonso Caso, *Reyes y reinos de la Mixteca*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1977-1979.

¹⁴ Por ejemplo, los códices *Xólotl*, *Tlotzín*, *Quinatán*, *Tira de la Peregrinación*, *Mexicanus*, *Azcatitlan*, *Telleriano-Remensis* y otros.

¹⁵ Véase: Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, cuarta edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 250-264.

había *macehualtin* que pasaban a convertirse, por diversas causas, en esclavos, *tlahlacotin*. Sin embargo, si ellos mismos u otros pagaban su rescate, podían liberarse. Había por otra parte, *macehualtin* que alcanzaban gran fortuna. Tal era el caso de los *pochtecas*, mercaderes, y de diversos artistas y artesanos.

En abierto contraste con los *macehualtin*, estaban los que pertenecían al estrato de los *pipiltin*, "los nobles", o más precisamente, la gente de linaje. A estos interesaba conservar en libros especiales, los *tlacamecayoámatl*, "papeles de los cordeles humanos", el registro de sus ancestros y descendencias. Pretendían ellos estar emparentados con el linaje de los toltecas y de modo especial con el de Quetzalcóatl.

De entre los *pipiltin* provenían los *tlahtoque*, señores y el *huey tlahtoani*, supremo gobernante, así como los principales dignatarios. A los hijos de los *pipiltin*, como lo comprobó Sahagún, se les daba una educación particularmente refinada. De hecho los *huehuehtlatolli*, oraciones, discursos y amonestaciones que recogió fray Bernardino, eran pronunciados siempre por miembros de los *pipiltin*.¹⁶ En los *calmécac* o escuelas sacerdotales, aunque se dice que a ellas podían concurrir en casos especiales algunos *macehualtin*, se formaba con rigidez y se trasmitía la antigua sabiduría sobre todo a los hijos de los *pipiltin*. Mucho habría de admirarse Sahagún al ahondar en el conocimiento de esa forma de educación.¹⁷

Con gran perspicacia describió él mismo en dos lugares de su *Historia*, lo que, a su juicio, había llegado a ser la nación mexicana poco antes de la Conquista. Afirma así en el prólogo al libro I:

Según verdad en las cosas de policía [orden político y social] echan el pie delante a muchas otras naciones que tienen gran presunción de políticas, sacando fuera algunas tiranías que su manera de regir contenía...¹⁸

En el prólogo al libro VI, introducción a los *huehuehtlatolli*, discursos de la antigua palabra, nota:

Todas las naciones, han puesto los ojos en los sabios y poderosos para persuadir, y en los hombres eminentes en las virtudes morales, y en los diestros y valientes en los ejercicios bélicos [...] Hay desto tantos exemplos entre los griegos y latinos, españoles, franceses y italianos, que están los libros llenos desta materia.

¹⁶ Sahagún, *Códice Florentino*, edición facsimilar dispuesta por el Gobierno mexicano a través del Archivo General de la Nación, 3 v., México, 1979, II, fols 1 r.- 183 r.

¹⁷ Sahagún, *Historia*, II, p. 627-630.

¹⁸ *Ibid.*, I, p. 33.

Esto mismo se usaba en esta nación indiana, y más principalmente entre los mexicanos, entre los cuales los sabios retóricos, virtuosos y esforzados, eran tenidos en mucho. Y éstos elegían para pontífices, para señores y principales y capitanes por de baxa suerte que fuesen. Estos regían las repúblicas y guiaban los exércitos Y presidían en los templos. Fueron, cierto, en estas cosas extremados, devotísimos para con sus dioses, celosísimos de sus repúblicas, entre sí muy urbanos, para con sus enemigos muy crueles, para con los suyos humanos y severos. Y pienso que por estas virtudes alcanzaron el imperio.¹⁹

Esas gentes, que habían alcanzado tal desarrollo cultural, se vieron de pronto envueltas en una confrontación que nunca pudieron imaginar. Se repitió en Mesoamérica lo que había ocurrido antes en las islas del Caribe. Como lo describieron algunos indígenas, narrando lo que habían visto, llegaron hombres desconocidos, con vestiduras de metal. Aparecieron en barcas grandes como montañas, traían armas que arrojaban fuego, montaban en bestias más altas que los venados, buscaban por todas partes el oro y predicaban extrañas creencias.

Dos versiones de los hechos llegó a conocer Sahagún. Antes de salir para México, bien pudo leer las cartas de relación de Cortés, acerca de lo que fue su conquista y, ya en la tierra donde pasaría más de sesenta años, fue él quien recogió el testimonio de indígenas que participaron en el enfrentamiento, las palabras que muestran la visión de los vencidos.

Una Nueva España en grave crisis

Consumada la conquista de México, los nuevos señores impusieron cambios radicales. La metrópoli mexicana que había quedado arrasada, comenzó a transformarse en una ciudad española. Los antiguos templos, las efigies de los dioses, los otros monumentos y también los libros o códices indígenas —contemplados como inspirados por el Demonio— fueron hechos pedazos o consumidos por el fuego. Los mesoamericanos quedaron abatidos. Cuando Sahagún llegó a México, sólo ocho años después de consumada la derrota de los mexicas, se dio cabal cuenta de esto:

Vino sobre ellos aquella maldición que Jeremías, de parte de Dios, fulminó contra Judea y Jerusalem, diciendo en el capítulo quinto: "Yo haré que venga sobre vosotros, yo traeré contra vosotros una gente

¹⁹ *Ibid.*, 1, p. 305.

muy de lexos, gente muy robusta y esforzada, gente muy antigua y diestra en el pelear, gente cuyo lenguaje no entenderéis ni jamás oísteis su manera de hablar, toda gente fuerte y animosa, codiciosísima de matar. Esta gente os destruirá a vosotros y a vuestras mujeres y hijos, y todo cuanto poseéis, y destruirá todos vuestros pueblos y edificios.

Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles. Fueron tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes...²⁰

La violencia no sólo había abatido a los indígenas sino que se encendió luego entre los mismos españoles. La tierra que Cortés bautizó con el nombre de Nueva España estuvo a punto de perderse. La primera forma de autoridad la había presidido Cortés como capitán general y gobernador. Las alteraciones comenzaron cuando éste se ausentó al salir a su desafortunada expedición a las Hibueras. Los mismos a quienes dejó el mando en México se enfrentaron entre sí. En tanto que Cortés, durante su marcha, ejecutaba a Cuauhtémoc que había dirigido la resistencia mexicana en la conquista, los que gobernaban en México daban muerte a un primo de Cortés, Rodrigo de Paz, a quien había él confiado la custodia de sus bienes.

El regreso del conquistador a México, en modo alguno puso fin a las violentas disensiones. En ellas se vieron también envueltos los doce franciscanos llegados en 1524, al oponerse a los atropellos que las autoridades mismas cometían en contra de los indios. Cortés, para evitar mayores enfrentamientos, optó por retirarse a Tlaxcala. Desde allí, marchó a Veracruz para embarcarse en marzo de 1528 con rumbo a España.

La Corona, para poner remedio a la situación, creó entonces la primera Audiencia en la Nueva España. Como presidente de ella fue nombrado —tal vez a sugerencia de los enemigos de Cortés— un siniestro personaje, Nuño Beltrán de Guzmán. Se había distinguido éste por sus tropelías en la provincia de Pánuco, desde la cual hacía trueque de indios por caballos con los encomenderos de la isla de Santo Domingo. Llegados en el mismo barco con los otros miembros de la Audiencia, el obispo electo fray Juan de Zumárraga y su auxiliar fray Andrés de Olmos, muy pronto se percataron de la dramática situación a que daba lugar la actuación de Nuño Beltrán de Guzmán.

²⁰ *Ibid.*, I, p. 33.

Entre otras cosas, Zumárraga reprendió abiertamente a Nuño por las exacciones que imponía a los indios de Huexotzinco, a los que obligaba a traer grandes tributos, teniendo que atravesar con sus cargas un difícil camino entre los dos volcanes, Popocatepetl e Iztaccíhuatl. Nuño respondió entonces con soberbia, recordando al obispo franciscano un hecho del que había tenido noticia Sahagún pocos años antes, hallándose en Salamanca, al tiempo de la rebelión de los comuneros. Con palabras arrogantes el presidente de la Audiencia dijo a Zumárraga que no interviniera en asuntos de administración pública, no fuera a sucederle lo que había ocurrido al obispo de Zamora, que había sido ahorcado.

Tal era el escenario novohispano en el que vivió ya Bernardino de Sahagún desde mediados de 1529. Los enfrentamientos se acrecentaron. En tanto que Nuño perpetraba nuevos crímenes, Zumárraga fulminaba la excomuni3n en su contra y hacía llegar a ocultas una misiva al soberano denunciando lo que ocurría. A fines de 1530 fueron nombrados los miembros de una segunda Audiencia. Su llegada, que casi coincidió con el regreso de Cortés de España, iba a restablecer la paz. La presidencia la ocupó un var3n, genuino humanista, Sebastián Ramírez de Fuenleal. Acerca de él escribió mucho después el maestro y político mexicano Justo Sierra (1842-1912) que, con don Sebastián, "se inició el largo periodo de paz en que se fue formando la naci3n mexicana".²¹ Ramírez de Fuenleal, con el superior de los franciscanos, sería el primero en interesarse a fondo por conocer la cultura indígena. Él encomendó en 1533 a fray Andrés de Olmos una temprana investigaci3n de la que sin duda tuvo noticia Sahagún.²² Su familiaridad con Olmos habría de influir luego en sus propios trabajos.

Consolidaci3n de la Nueva Espa3a

El pa3s reci3n conquistado, al que Cortés había bautizado con el nombre de Nueva Espa3a, comenz3 a pacificarse y consolidarse gracias a la acertada gesti3n de la segunda Audiencia. Cortés, que había regresado en 1530 con los t3tulos de Marqu3s del Valle y Capitán General, aparecía en realidad con una autoridad mengua-

²¹ Justo Sierra, *Evoluci3n pol3tica del pueblo mexicano*, M3xico, Fondo de Cultura Econ3mica, 1950, p. 62.

²² Miguel Le3n-Portilla, "Ramírez de Fuenleal y las antigüedades mexicanas", *Estudios de Cultura Náhuatl*, M3xico, UNAM, Instituto de Investigaciones Hist3ricas, 1969, VIII, p. 9-49.

da. En tal condición, varias veces entraría en conflicto, primero con la Audiencia y después con el primer Virrey, establecido éste en 1536. Cortés hubo de dedicarse a lo concerniente a su marquesado, entre otras a la muy enojosa de llevar a cabo la cuenta de los veintitrés mil indígenas, cuya jurisdicción se le regateaba.

Otro asunto que requirió enorme esfuerzo y considerables caudales fue el de la exploración de la mar del Sur. Había él enviado ya en 1527 una armada desde Zihuatanejo a las Molucas y al menos uno de sus navíos, al mando de Álvaro de Saavedra, había llegado a su destino. Sus posteriores expediciones —en una de las cuales participó en persona—, lo llevaron a reconocer los litorales del Pacífico a lo largo del golfo de California y a fundar un efímero asentamiento en la bahía de Santa Cruz, hoy de La Paz.

Expediciones al norte y al sur, fundaciones de ciudades como la de la Puebla de los Ángeles, llegada de muchos españoles más, atraídos por la fama de las riquezas de la tierra, y asimismo de muchos negros en calidad de esclavos, mezclas de gentes de muy distintos orígenes, tareas de evangelización, otorgamientos de encomiendas y, en suma, un proceso de cambios que parecía incontenible, todo esto se desarrollaba ante los ojos de Bernardino. Éste, como mucho más tarde lo escribió, escuchó con asombro lo que sus hermanos religiosos creían haber alcanzado en pocos años de labores de cristianización:

A todos nos fue dicho [...] que esta gente había venido a la fe tan de veras y estaban casi todos bautizados y tan enteros en la fe católica de la Iglesia Romana, que no había necesidad alguna de predicar contra la idolatría porque la tenían dejada ellos muy de veras. Tuvimos esta información por muy verdadera y milagrosa, porque en tan poco tiempo y con tan poca lengua y predicación, y sin milagro alguno, tanta muchedumbre de gente se había convertido.²³

El desengaño vendría más tarde. Por lo pronto, poco después de que fray Andrés de Olmos recibiera el encargo de investigar acerca de las antigüedades indígenas, el también franciscano Toribio de Benavente Motolinía, escribía su *Historia de las Indias*. En ella expresó con no refrenado entusiasmo que “hasta el tiempo que esto escribo, que es el año de 1536, más de cuatro millones de ánimas se bautizaron...”²⁴

²³ Nuevo prólogo de Sahagún al libro IV de su *Historia*, transcrito por Joaquín García Icazbalceta, en *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 382-383.

²⁴ Toribio de Benavente Motolinía, *op. cit.*, p. 122.

Justamente ese año gobernaba ya don Antonio de Mendoza como primer virrey de la Nueva España. A él correspondió inaugurar el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco para jóvenes indígenas, principalmente de la antigua nobleza nativa. Fue el colegio ámbito en el que se encontraron lo mejor del Viejo y el Nuevo Mundos. Entre los maestros había genuinos humanistas como Juan de Gaona que había enseñado en la Sorbona de París; Juan Focher, doctorado en la misma universidad; Andrés de Olmos, el investigador de las antigüedades nativas y también Bernardino de Sahagún que venía de la Universidad de Salamanca. Se aceptó asimismo la presencia de maestros indígenas, sobre todo médicos y otros conocedores del arte de la pintura y del contenido de sus antiguos libros o códices.

En el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, a pesar de múltiples dificultades y de su relativamente temprana decadencia, se formaron indígenas que habían de sobresalir más tarde como maestros, conocedores de la gramática latina, la historia, las Sagradas Escrituras y asimismo como gobernadores en algunas de sus respectivas comunidades y señoríos. De este grupo selecto provinieron los famosos trilingües —pues hablaban náhuatl, castellano y latín—, que tanto ayudaron a Sahagún en sus futuras indagaciones sobre la cultura nativa.

El establecimiento en México en 1539 de la imprenta —la primera en el Nuevo Mundo— iba a contribuir notablemente a su desarrollo cultural. Grande fue el número de obras debidas a franciscanos que salieron de las prensas mexicanas, vocabularios y artes o gramáticas de lenguas indígenas, cartillas, doctrinas cristianas, confesionarios, así como, entre otras cosas, el libro de los *Huehuetlahtolli*, la antigua palabra, recopilada por Andrés de Olmos. Mala suerte tendría en esto fray Bernardino ya que, de todo lo que allegó y escribió sólo un trabajo suyo alcanzó a ver impreso y ello cuando era ya muy anciano: su *Psalmodia Christiana*, con himnos en náhuatl para ser cantados por los indios. Apareció ella “en Casa de Pedro Ocharte”, impresor, el año de 1583.

Alteraciones en el Nuevo y el Viejo Mundo

Es cierto que la “pax hispánica” parecía irse implantando en las vastas extensiones de la Nueva España y que también el emperador Carlos V se esforzaba por hacerla realidad en sus reinos peninsulares y, hasta donde podía, en los grandes dominios heredados de

sus abuelos. Sin embargo, las perturbaciones se sucedían sin interrupción.

En Europa, la amenaza de los turcos iba en aumento. Desde la toma de Constantinopla en 1453 se habían ido adueñando ellos de las costas del mar Negro y una amplia extensión de la Europa del este en territorios de Serbia, Bosnia, Moldavia y Albania, así como luego de Siria, Egipto y Rodas hasta llegar por vez primera, en 1529, a las puertas de Viena. Doloroso era para la Cristiandad europea contemplar cómo, lejos de existir una defensa y rechazo unificados, algunos estados como Francia y Venecia en ocasiones se aliaban con los turcos.

Por otro lado, a partir de las primeras disenciones promovidas por Lutero, los movimientos reformistas y de oposición al Papado habían proliferado en muchos lugares de Europa con apoyo casi siempre de diversos príncipes y reyes. Así, poco después de que Lutero, tras la condenación de que fue objeto en la dieta de Worms, se refugió en Wartburg, Zuinglio proclamó la Reforma en Zurich y, en 1534, Enrique VIII se declaró cabeza suprema de la Iglesia Anglicana. Tomas Moro, cuya *Utopía* había inspirado la creación de los célebres pueblos-hospitales de Vasco de Quiroga, convertido ya en obispo de Michoacán, moría decapitado por oponerse al soberano inglés. Con el apoyo de Calvino y de otros, la Reforma se extendió por Alemania, Suiza, los Países Bajos, Escocia, Inglaterra, hasta llegar a Polonia, Bohemia y Hungría. Incluso en no pocos lugares de Francia y hasta en algunos de España se dejaban sentir brotes reformistas.

Sahagún discurrió sobre éstos que consideraba trágicos acontecimientos en detrimento de la genuina Cristiandad:

La iglesia militante comenzó en Palestina y allí caminó por diversas partes del mundo [...]. Partióse [alejóse luego] la Iglesia de Palestina, y ya en Palestina viven y reinan y señorean infieles; de allí fue al Asia y en la cual no hay sino turcos y moros; fue también al África donde ya no hay cristianos, fue a Alemania donde ya no hay sino herejes; fue en la Europa, donde en la mayor parte de ella no se obedece a la Iglesia...²⁵

En cuanto a la Nueva España, mientras en ella se proseguía la penetración sobre todo en los vastos territorios del norte y se continuaban la evangelización y la reducción de indígenas en corregimientos y encomiendas, paralelamente se producían varias

²⁵ Sahagún, *Historia*, II, p. 811.

formas de perturbación. Como podía esperarse, los indígenas no estuvieron dispuestos, tan fácilmente como se suponía, a abandonar sus antiguas creencias y prácticas religiosas. Ello motivó que se incrementaran las pesquisas y persecuciones entre los indios calificados de idólatras, sobre todo en contra de aquellos que habían recibido ya el bautismo.

En los no pocos casos que pueden documentarse, sobresale el de don Carlos Ometochtzn, noble tezcocano, hijo del supremo gobernante Nezahualpilli. Tras un riguroso proceso en el que el obispo Zumárraga actuó como inquisidor, don Carlos fue ejecutado en la hoguera. En ese dramático episodio ocurrido en 1539, Sahagún participó en calidad de intérprete.

Mucha conmoción provocó la gran sublevación que, hacia 1540, estalló en la región colindante del norte de Jalisco y sur de Zacatecas. Caudillo célebre en ella fue el caxcán Francisco Tenamaztle. Conocida como "guerra del Mixton", en ella participaron indígenas hablantes de náhuatl. Tras larga lucha, en la que intervino en persona el virrey Mendoza, fue al fin sofocada con lujo de violencia.²⁶

Otro género de alteraciones se produjeron por ese tiempo en México y en otros lugares del Nuevo Mundo. Causa de ellas fueron las provisiones reales conocidas como Leyes Nuevas, expedidas en Barcelona en noviembre de 1542 y después en Valladolid en junio de 1543. Dichas leyes implicaban nada menos que la abolición de las encomiendas de indios. En su formulación y expedición había tenido papel muy importante fray Bartolomé de las Casas que por ese tiempo fue presentado para obispo de Chiapas.

Correspondió al visitador Francisco Tello de Sandoval poner en vigor dichas leyes en la Nueva España. Su llegada a México en marzo de 1544 provocó una resistencia muy grande. Menos de un año después, Las Casas tomó posesión de su obispado. Allí actuó en contra de quienes tenían esclavos indígenas. Posteriormente participó en una junta convocada en México por el visitador Tello de Sandoval y entró en conflicto con los que se oponían a las Leyes Nuevas, entre otros el virrey Mendoza. La agitación duró hasta 1546 en que se supo en México que dichas leyes fueron en gran parte revocadas.

Fray Bartolomé se marchó de México en 1547 y no volvió ya nunca a su diócesis a la que renunció. Ello no significó que su actuación en España dejara de influir en la Nueva España y en los

²⁶ Véase: Miguel León-Portilla, *La flecha en el blanco. Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos de los indígenas, 1541-1556*, México, Editorial Diana, 1996.

otros reinos del Nuevo Mundo. La lectura de su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, publicada en Sevilla, en 1552, en la que puso al descubierto los crímenes perpetrados en agravio de los indios, fue ocasión de escándalo para no pocos. Hecho de grande interés es que, hallándose luego en Valladolid conoció allí al caudillo caxcán Tenamaztle que había sido deportado a España. Las Casas emprendió entonces junto con él su defensa, de la que se conserva abundante documentación.²⁷

FloreCIMIENTO de instituciones y algunas calamidades

En el proceso del encuentro de dos mundos no todo fue violencia. Numerosos intercambios culturales y nuevos florecimientos del espíritu constituyen el lado positivo de la medalla. Así, no pocos frailes trabajando al lado de los nativos, en tanto que buscaban su conversión, hacían defensa de sus derechos y se abocaban al estudio de sus lenguas y creaciones culturales.

Actuaciones como las de fray Bartolomé de las Casas y don Vasco de Quiroga debieron ser conocidas por Sahagún. También hubo él de estar enterado de que, desde los primeros años que siguieron a la toma de México-Tenochtitlan, algunos frailes comenzaron a preparar un arte o gramática de la *lengua general* que era el náhuatl. Así lo afirmaron, entre otros, Leonel de Cervantes que fue alcalde de la ciudad en 1525. Expresó él hacia mediados de 1531 que

ha visto a los dichos religiosos el arte que han fecho para poder aprender la lengua, para tener mejor aparejo de industrial a los naturales en las cosas de nuestra santa fe católica, e que los he visto predicar en dicha lengua...²⁸

El cronista fray Gerónimo de Mendieta, años después, expresamente mencionó quiénes fueron los frailes que dispusieron los primeros bocetos de una gramática del náhuatl:

El que primero puso en arte la lengua mexicana y vocabulario fue fray Francisco Jiménez. Tras él hizo luego una breve doctrina mexicana Toribio Motolinía, la cual anda impresa [...]

²⁷ *Ibid.*, p. 119-134.

²⁸ "Relación e información de fray Juan de Zumárraga ante escribano real en su defensa de los cargos que sabe le han hecho Juan Ortiz de Matienzo y Diego Delgadillo, oidores que habían sido con Nuño de Beltrán de Guzmán", Archivo General de Indias, Sevilla, Justicia, 1008.

Fray Alonso Rengel hizo una arte muy buena de la lengua mexicana y en la misma lengua hizo sermones de todo el año, y también hizo arte y doctrina en la lengua otomí.²⁹

El interés lingüístico, en el que participó Sahagún de modo sobresaliente, abarcó diversos idiomas nativos. Además de las varias “doctrinas cristianas” que se publicaron en náhuatl y en otras lenguas como el huasteco, tarasco, zapoteco y mixteco —desde que en 1539 comenzó a funcionar la imprenta en México—, hubo también pronto ediciones de artes o gramáticas y vocabularios de varios idiomas mesoamericanos. Fray Andrés de Olmos fue el primero en difundir en forma manuscrita su *Arte de la lengua mexicana*, terminada en 1547. Sin embargo, su trabajo, del que se conservan varias copias de hermosa letra, no fue impreso sino hasta mucho tiempo después. Mejor suerte tuvo fray Alonso de Molina que en 1555 sacó a luz “en casa de Juan Pablos”, el primerísimo libro de tema lingüístico impreso en el Nuevo Mundo, su *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, por cierto revisado y aprobado por Bernardino de Sahagún.

El honor de ofrecer el primer arte o gramática impresa correspondió a fray Maturino Gilberti con su *Arte en lengua de Michoacán*, aparecido en 1558. Como en cascada, artes y vocabularios del náhuatl y otras lenguas continuaron imprimiéndose a lo largo del siglo XVI: *Vocabulario de la lengua de Michoacán*, del mismo Gilberti (1559); *Arte de la lengua mexicana*, por Alonso de Molina (1571); y, ampliado, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, del mismo Molina (1571); *Arte y Dictionario con otras obras en lengua michoacana*, por fray Juan Baptista de Lagunas (1574); *Arte en lengua zapoteca*, por fray Juan de Córdoba (1578); *Vocabulario en lengua zapoteca*, del mismo autor (1578); *Cartilla y doctrina christiana en la lengua chochona de Tépexi de la Seda*, por fray Bartolomé Roldán (1580); *Arte en lengua mixteca*, por fray Antonio de los Reyes (1593); *Vocabulario en lengua mixteca*, por el mismo (1593) y, poco antes de acabar el siglo, *Arte mexicana*, del jesuita tezcocano Antonio del Rincón (1595).

A tales logros culturales se sumaron otros muchos, alcanzados en lugares como el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, entre ellos el *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*, conocido como *Códice de Martín de la Cruz-Badiano*, y el gran mapa de México-Tenochtitlan hacia 1550.³⁰ Otro importante centro de estudio e investigación fue

²⁹ Mendieta, *op. cit.*, p. 550.

³⁰ Véase la edición facsimilar con amplio estudio de este mapa, por Miguel León-Portilla y Carmen Aguilera, *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, México, Celnese, 1985.

el Colegio de Tiripitío en Michoacán, donde enseñó el teólogo y filósofo agustino Alonso de la Veracruz. La Real y Pontificia Universidad de México, creada en 1551, abrió sus puertas dos años después. En ella hubo maestros muy distinguidos. En el siglo XVI sobresalen el humanista Francisco Cervantes de Salazar, el médico fray Agustín Farfán, el teólogo y jurista fray Alonso de la Veracruz, el también teólogo fray Bartolomé de Ledesma, los juristas Alonso de Zorita y Vasco de Puga, así como el helenista Bartolomé Frías de Albornoz.

Como contrapunto, varias calamidades se dejaron sentir que afligieron grandemente, en especial a la población indígena. Una fue la peste o *cocoliztli*, que de manera dramática se propagó en 1545. De ella habla Sahagún, atribuyéndole haber causado mortandad innumerable y también merma y decadencia en su querido Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Otro género de aflicción para la capital del país fue el de las inundaciones, como la de 1553. Poco había llovido ese año hasta que un día del mes de octubre llovió tanto que parecía que el cielo se venía abajo. La antigua albarrada que contenía las aguas del lago de Tezcoco se rompió y la metrópoli y pueblos cercanos estuvieron inundados cuatro días. Correspondió al virrey Luis de Velasco ser el primero en abocarse al problema de muy difícil solución de las repetidas inundaciones en la ciudad.

*Otros aconteceres principales de la segunda mitad
del XVI, en la antigua y la Nueva España*

Los sucesos recordados hasta aquí debieron ser conocidos por Sahagún que o tuvo a veces parte en algunos de ellos o se vio afectado por los mismos. Puede decirse que se trata de hechos que en diversas formas estuvieron presentes en su vida y su actuación como misionero, investigador de la cultura indígena y lingüista en tierras mexicanas.

La existencia de Sahagún fue en verdad tan prolongada como fecunda. Si bien estuvo él entregado, como pocos, a sus propios trabajos —el rescate testimonial de pinturas y textos indígenas que le dieron base para escribir su *Historia General*—, ello no le impidió mantenerse alerta a los signos de su tiempo. Y aunque en esa época las comunicaciones, como las que había entre España y México, eran lentas y espaciadas, consta a través de sus escritos, que supo acerca de muchos aconteceres, algunos de los cuales directamente influyeron en él. De estos cabe recordar los más sobresalientes.

En 1556, tras la abdicación de Carlos V, agobiado por tantas guerras y problemas en los que se vio envuelto, ascendió al trono su hijo Felipe II. A él dirigiría Sahagún varias cartas, una en particular respondiendo a la real orden de que enviara sus manuscritos al Consejo de Indias. Público y notorio era el celo religioso del nuevo monarca. En varios de los reinos heredados de su padre, sobre todo en los Países Bajos, las frecuentes rebeliones estaban vinculadas a los intereses de quienes habían hecho suyas las reformas protestantes.

En lo que concierne a México, para atender cuestiones tocantes a la nueva cristiandad, se celebraron tres concilios eclesiásticos en 1555, 1565 y 1585. En ellos se tomaron en cuenta las disposiciones que emanaban del Concilio Ecuménico iniciado en Trento en 1544, que se prolongó con intervalos hasta que las reformas derivadas de él comenzaron a implantarse en 1565. Entre otras cosas, hubo prohibiciones relativas a la traducción de las Sagradas Escrituras a lenguas indígenas. Esto afectó el trabajo de los misioneros. Varios, entre ellos Sahagún, escribieron exponiendo razones a favor de que se permitiera al menos a los eclesiásticos emplear las traducciones existentes.

Acontecimiento de considerable resonancia en México fue la llamada rebelión de Martín Cortés, el hijo del conquistador al que se acusó de conspirar, con otros también descendientes de conquistadores, para alzarse con la tierra, es decir, pretender establecer en ella un reino independiente. La conspiración abortó. Martín Cortés fue deportado y ejecutados algunos de los más connotados participantes.

Por ese mismo tiempo, en 1565, arribaba a Acapulco el primer galeón procedente de Manila. En 1571 se estableció formalmente la Inquisición en México. Persiguió ella con gran celo a los sospechosos de herejía, los judaizantes, los blasfemos y a cuantos con sus ideas y obras ofendían a la fe católica. No pocos fueron los Autos de fe que se celebraron, algunos para ejecutar a quienes se tuvo por culpables de los que el Santo Oficio tenía por delitos muy graves.

Las noticias que llegaban acerca de las Filipinas y también sobre China, circulaban con admiración en México. Sahagún, preocupado por la disminución de los indígenas y por su debilidad como nuevos cristianos, llegó a pensar que era China en realidad donde habría de florecer la Iglesia en el futuro. Al respecto llegó a escribir:

En estos años se han descubierto por esas partes las islas de la Especiería, donde ya están poblados los españoles y se predica el

Evangelio [...] Cerca de allí está el gran reino de China y ya han comenzado a entrar en él los padres agustinos [...].

Paréceme que ya Nuestro Señor abre camino para que la fe católica entre en los reinos de la China donde hay gente habilísima, de gran policia y de gran saber; como la Iglesia entre en aquellos reinos y se plante en ellos la fe católica creo que durará por muchos años en aquella mansión porque por las islas, y por esta Nueva España y el Perú, no ha hecho más de pasar de camino y aun hacer camino para poder conversar con aquellas gentes de las partes de la China.³¹

En contraste con el decaer de las conversiones que algunos percibían en la Nueva España y en el Perú —entre otras cosas por la disminución demográfica de los indígenas— China aparecía como señuelo en la obra evangelizadora. Ya desde mucho antes, había atraído China al obispo Zumárraga y a fray Andrés de Olmos, que llegaron a expresar su deseo de marcharse a ella. Sahagún, dando crédito a las noticias que se propalaban, la tuvo así como tierra privilegiada donde podría erigirse un día la nueva y anhelada cristiandad. Sin embargo, mientras eso se convertía en realidad, era menester continuar laborando en medio de grandes dificultades.

En 1576 volvió a aparecer el azote de la peste, la conocida como *huey cocoliztli*, que causó la muerte de cientos de miles de indígenas y poco afectó, en cambio, a los españoles. El célebre protomédico de Felipe II, doctor Francisco Hernández, que se hallaba entonces en México dedicado a investigar acerca de las plantas medicinales en diversos lugares del país, describió con vivas palabras los síntomas de quienes se veían afligidos por la epidemia.

Las fiebres eran contagiosas, abrasadoras y continuas, más todas pestilentes y en gran parte letales. La lengua seca y negra. Sed intensa, orinas de color verde marino, verde y negro, mas de cuando en cuando pasando de la coloración verdosa a la pálida. Pulsos frecuentes y rápidos, más pequeños y débiles; de vez en cuando hasta nulos. Los ojos y todo el cuerpo, amarillos. Seguía delirio y convulsión, postemas detrás de una o ambas orejas, y tumor duro y doloroso, dolor de corazón, pechos y vientre, temblor y gran angustia y disenterías. La sangre, que salía al cortar una vena, era de color verde o muy pálido, seca y sin ninguna serosidad. Algunas gangrenas y esfacelos invadían los labios, las partes pudendas y otras regiones del cuerpo con miembros putrefactos, y les manaban sangre de los oídos; a muchos en verdad fluíanles la sangre de la nariz; de los que recaían casi ninguno se salvaba. Con el flujo de la sangre de la nariz muchos

³¹ Sahagún, *Historia*, II, p. 813.

se salvaban, los demás perecían [...] Atacaba especialmente a los jóvenes y rara vez a los viejos, quienes, aun invadidos por ella, frecuentemente lograban vencerla y salvarse [...]. Aunque al parecer esto fue el inicio, ya que poco a poco fue afectando a todos los grupos de población sin diferencias de edad o sexo...³²

Por cierto que el doctor Hernández, tuvo noticia de los trabajos de fray Bernardino e incorporó en su obra una parte de los mismos. Muy conocido llegó a ser el protomédico en la Nueva España. Cuando Felipe II, queriendo obtener información precisa de sus reinos de ultramar, hizo se enviaran a ellos los cuestionarios de las que se designan como "Relaciones geográficas", en varias de éstas aparece mencionado Hernández a propósito de su conocimiento de las plantas medicinales.

Coincidiendo con la aflicción de la peste y las pesquisas del doctor Hernández, llegó a la Nueva España el comisario general de los franciscanos fray Rodrigo de Sequera. Esto fue para Sahagún una bendición. En tanto que Felipe II había enviado al virrey Martín Enríquez una real cédula ordenándole recoger y remitir a España todos los papeles de fray Bernardino, haciéndole saber que "estaréis advertido de no consentir que, por ninguna manera, persona alguna escriba cosas que toque a supersticiones y manera de vivir que estos indios tentan",³³ por su parte el padre Sequera se convirtió en protector de Sahagún y lo ayudó a salvar su obra.

De lejos llegaban diversos rumores y noticias. Los moriscos se habían rebelado en España. Los turcos avanzaban sobre Hungría, aunque luego eran vencidos en Lepanto. El Papa excomulgó a Isabel de Inglaterra. La corona de Portugal pasaba a Felipe II y la unidad peninsular se consumaba en plenitud. En contraste, la política adoptada por él respecto de las Países Bajos tuvo como consecuencia luchas que parecían interminables. Felipe II, católico ferviente, vio en esos enfrentamientos bélicos un camino para acabar con el protestantismo en los territorios y estados que él gobernaba. Esas y otras guerras fueron para España permanente sangría, tanto de hombres como de recursos económicos. Una crónica penuria en el Real erario, obligaba a exigir el envío de siempre mayores cantidades de oro y plata. La decadencia de España en lo económico y como potencia europea, iba siendo cada día más notoria.

³² Francisco Hernández, "De la enfermedad de la Nueva España del año 1576, llamada por los indios cocoliztli", en *Obras completas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, VI, p. 481.

³³ Real Cédula de Felipe II al virrey Martín Enríquez, en *Nueva Colección de documentos para la historia de México, Códice franciscano del siglo XVI*, editados por Joaquín García Icazbalceta. México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941, p. 249-250.

En 1582, Gregorio XIII reformó el calendario. Sahagún, ya muy anciano, al revisar una vez más sus escritos, acomodó la cuenta indígena del tiempo al dicho calendario gregoriano, de suerte que los frailes pudieran identificar más fácilmente los días en que los nativos celebraban a veces sus antiguas fiestas. De este modo intentó él acercar dos cómputos del tiempo tan diferentes, vinculados a concepciones del mundo radicalmente apartadas. Hasta donde se sabe, su intento no prosperó y fue seguido tan sólo por el agustino Martín de León.

En tanto que el visitador franciscano, Rodrigo de Sequera, favorable a Bernardino, hizo posible que se pusiera en limpio el conjunto de sus textos en náhuatl con versión parafrástica al castellano, hubo otro franciscano, fray Alonso Ponce, que en 1585, dio ocasión a agudo conflicto. Llegado a México como Comisario General de su Orden, recorrió numerosos lugares de la Nueva España y visitó numerosos conventos franciscanos. Al establecer luego contacto más cercano con el arzobispo de México, Pedro Moya de Contreras, mostró condescendencia en lo tocante a la entrega a clérigos seculares de las parroquias que, como misiones y doctrinas, mantenían los franciscanos. Muchos de éstos manifestaron abiertamente su oposición a tal actitud.

En tal coyuntura llegó la noticia de que en Roma se había elegido nuevo ministro general de la Orden franciscana. De esto hizo argumento el provincial del Santo Evangelio de México, fray Pedro de San Sebastián, sosteniendo que tal cambio anulaba la autoridad del padre Ponce. Apoyado el provincial por el Virrey y la esposa de éste, el conflicto se agravó. A la postre el visitador Ponce fue detenido y expulsado por orden del Virrey. Última actuación de Ponce fue excomulgar a quienes apoyaban al provincial Pedro de San Sebastián. Sahagún que se había visto forzado a seguir el partido de éste, se vio hondamente afectado por tal conflicto.

Alejada de disputas como ésta y a veces también de la intervención directa de los frailes, una religiosidad popular se estaba desarrollando y se manifestaba, entre otras cosas, en las peregrinaciones a santuarios en los que se veneraban imágenes asociadas a portentos y apariciones. En multitud acudían los indios al templo de Nuestra Señora de Guadalupe, en la colina del Tepeyac, donde se había adorado antes a *Tonantzin*, la Diosa Madre. Se decía que allí se había aparecido Nuestra Señora al indio Juan Diego. Muchos eran los milagros que se le atribuían. Sahagún manifestó acerca de esto que tenía por sospechoso de velada idolatría ese culto.

En esos años corrían noticias acerca de corsarios que atacaban poblaciones a lo largo de las costas mexicanas. Thomas Cavendish se apoderó del galeón Santa Ana en cabo San Lucas en el extremo sur de la península de California. Francis Drake, tras saquear varios puertos, se encaminaba hasta las cercanías de la bahía de San Francisco, de la cual, según se refería, tomó posesión en nombre de Isabel de Inglaterra.

Ésta aparecía a los ojos de quienes oían hablar de ella en la antigua y la Nueva España como enemiga declarada y hereje impenitente. La armada que el rey Felipe había enviado en su contra no alcanzó su propósito. Se dijo que no fue la reina Isabel ni sus fuerzas las que se impusieron. Se creyó más bien que una tempestad, permitida por Dios, destrozó a esa armada que había zarpado con fama de invencible.

La muy grande, leal y muy noble ciudad de México, con su barrio de Tlatelolco al norte, florecía cada vez más como centro de cultura. De ella partían, unas tras otras, expediciones hacia el lejano norte. Su universidad y colegios eran semilleros de letrados. La ciudad seguía padeciendo inundaciones y epidemias que alteraban grandemente su floreciente vida. Alcaldes y virreyes se esforzaban por dar solución a sus problemas. En la cartografía universal—en mapamundis como los de Ortelio, Mercator y otros— se representaba ya a la metrópoli mexicana de modo sobresaliente como una de las ciudades más grandes del mundo.

Continuaban viviendo los indios en los alrededores de la capital y en otros muchos lugares del país, casi siempre en pobreza y aun en situaciones de miseria. Muchos de ellos mantenían en forma oculta sus creencias y prácticas religiosas. Bien se percató de eso Sahagún que llegó a escribir que la iglesia se había establecido en falso en la Nueva España.

Los frailes, con el auxilio de algunos nativos, habían compuesto numerosos *neixcuitilli*, formas de representación teatral, al modo de los autos sacramentales y otras producciones como los dramas medievales inspirados en temas del Antiguo y Nuevo Testamento. Esas obras, escritas en lengua indígena, se representaban con frecuencia en los grandes atrios y otros espacios abiertos frente a los conventos edificadas por franciscanos, dominicos y agustinos.

En 1590 don Luis de Velasco segundo, hijo del virrey del mismo nombre, asumía el mando en la Nueva España. Ese mismo año, de edad proecta y cargado de merecimientos, moría Bernardino de Sahagún en el convento de San Francisco en México.

